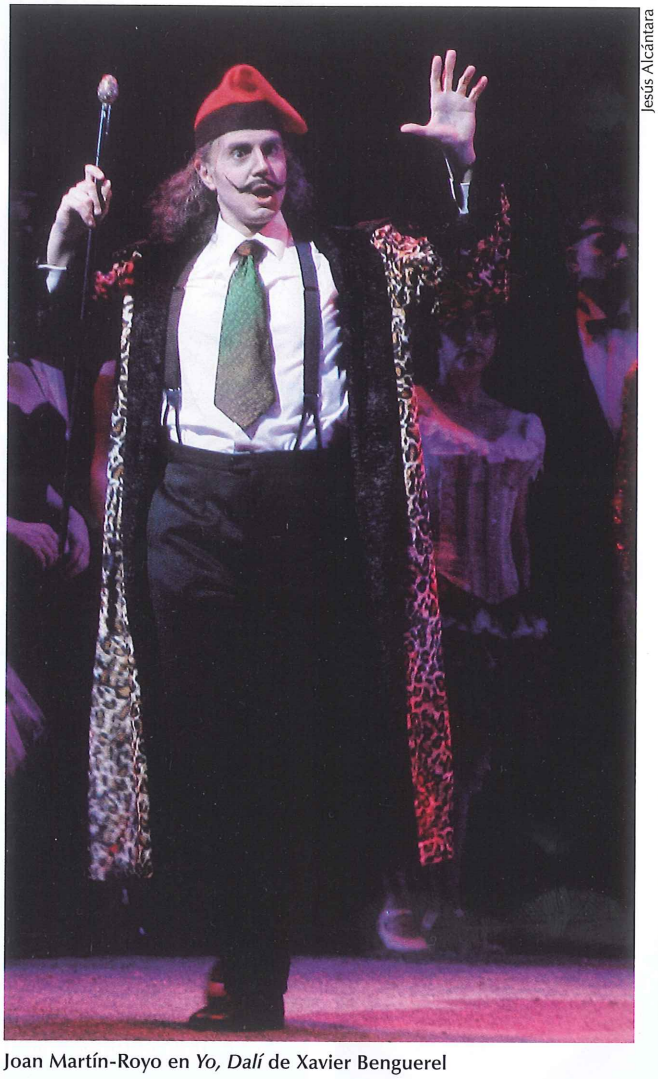
Estreno de *Yo, Dalí* de Benguerel

CASI UN GRAN ACIERTO

Teatro de La Zarzuela. 10-VI-2011. Benguerel, **Yo, Dalí.** Joan Martín-Royo, Marisa Martins, Antonio Comas, Vicenç Esteve Madrid, José Antonio García, Hasmik Nahapetyan, Mariano Viñuales. Director musical: **Miquel Ortega.** Director de escena: **Xavier Albertí.** Escenografía: Quim Roy. Figurines: María Araujo.

MADRID El propio Dalí, en vida, quiso convertirse en personaje de ópera. Ahí está su propio *Dalí*, con libreto de Vázquez Montalbán y música de Igor Wakhévitch, principios de los setenta: *tre Dieu: opéra-poème, audiovisuel et cathare en six parties.* Nada menos. Por lo tanto, no le sorprendería verse cantar y ver cantar a Gala, encarnados aquí por los espléndidos Joan Martín-Royo y Marisa Martins. Si acaso, le enfadaría lo cotidiano, el intento de realismo, la deriva de las insanias de ambos, su conversión en un matrimonio de viejos que se odian. De todas maneras, *Yo, Dalí*, de Berenguel con libreto de Jaime Salom, sí se ha estrenado, mientras que la propiciada por el pintor sólo se grabó en disco. Es cierto que *Yo, Dalí* se estrena algo tarde. Es de esas obras que las instituciones que tendrían el deber de fomentar la creación contemporánea tratan de arrinconar, para estrenar sólo obras de los caciques de la composición, y que conste que Benguerel no es ningún marginal. En fin, aquellos LPs de *tre Dieu* creo que pasaron a CD hace tiempo. Nunca ha sido esta obra una referencia importante en estos cuarenta años.



Jesús Alcántara

Joan Martín-Royo en *Yo, Dalí* de Xavier Benguerel

Benguerel y Salom parten de otro sentido de las cosas. Son dos artistas ya mayores, más o menos paisanos de Dalí, y se lo toman como un ser humano que era hijo de notario y que pareció encontrarse a sí mismo en las secuelas inmediatas del primer surrealismo, tras Breton, Aragon y Soupault, con Buñuel, incluso con Lorca, que aparece por esta ópera y que creo que no canta una nota. Salom es un excelente dramaturgo con una espléndida carrera a sus espaldas. Crea un libreto eficaz, de escenas breves que proponen un relato lineal. Los libretos no han de ser excelentes, sino adecuados para un músico excelente. Benguerel lo es en muchos aspectos, aunque en este caso creemos que falla en uno muy importante. Casi todo este Dalí podría ser cualquier pintor de éxito casado con una dama de lujo. Poco hay del arte de Dalí en esta ópera, y acaso no tenga por qué haberlo. Poco hay del provocador de poderosos, que estaban encantados de sonreír en una foto con él, aunque supieran que halagaba a la momia de El Pardo con retratos a lo Boldini de la nieta. Pero puede valer la historia, después de todo es un *crescendo* hacia el éxito y la auténtica locura, después de fingirla tanto. Las broncas de los dos ancianos son muy de andar por cada.

Benguerel es un refinado orquestador, la riqueza tímbrica de la obra es a ratos penetrante, nunca gratuita, a menudo humorística (la trompa y creo que el contrafagot). Un gran acierto es la prosodia castellana, que tan poca fortuna tiene en la ópera de los últimos, pongamos, 80 años. Benguerel consigue que el idioma resulte cantado con verdad, simplemente porque sabe asignar valores a la palabra y la frase; ni siquiera Messiaen, el rey de las notas de amplia duración, se permitió componer su *San Francisco* sólo en blancas y negras. Hay una escena en catalán, la segunda; y fragmentos en inglés y en francés. Por ahí, excelente. Lo malo, lo único, lo que hace que esto no cuaje del todo, es el recitativo monocorde permanente. Y no porque pretendamos un cantabile, que a veces aparece, sino porque la repetición de un mismo procedimiento durante casi más de dos horas y media de música (más descanso) es eso, monotonía.

Muy bella, feliz, ágil puesta en escena de Xavier Albertí, con una escenografía de Quim Roy que parece comedida y que está llena de expresividad a partir de escasos pero muy sugerentes elementos; que, además, permiten cambios rápidos. María Araujo diseña unos figurines bellos, que son reconstrucción pero también imaginación. Dominio del foso por parte de Miquel Ortega, que me da la impresión de que es el alma artística del proyecto. Bravo por Ortega, ya lo quisiéramos para proyectos que duermen el mismo sueño culposo que dormía este *Yo, Dalí*. Pero ¡bravo!, una vez más, por Xavier Güell y *musicadhoy*, que han arrastrado al Liceu y a La Zarzuela, perezosos ambos coliseos para este tipo de cosas. El reparto, ya lo avanzábamos, es de gran nivel, con Martín-Royo y Martins, sobresalientes; pero también con Antoni Comas en su doble papel, o Vicenç Esteve Madrid, o José Antonio García.

Santiago Martín Bermúdez